

Cuando Dios dice no, ¡es en serio!

Números 14.22–24, 36–45

... todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión. [...]

Y Moisés dijo estas cosas a todos los hijos de Israel, y el pueblo se enlutó mucho. Y se levantaron por la mañana y subieron a la cumbre del monte, diciendo: Hemos aquí para subir al lugar del cual ha hablado Jehová; porque hemos pecado. Y dijo Moisés: ¿Por qué quebrantáis el mandamiento de Jehová? Esto tampoco os saldrá bien. No subáis, porque Jehová no está en medio de vosotros, no seáis heridos delante de vuestros enemigos. Porque el amalecita y el cananeo están allí delante de vosotros, y caeréis a espada; pues por cuanto os habéis negado a seguir a Jehová, por eso no estará Jehová con vosotros. Sin embargo, se obstinaron en subir a la cima del monte; pero el arca del pacto de Jehová, y Moisés, no se apartaron de en medio del campamento. Y descendieron el amalecita y el cananeo que habitaban en aquel monte, y los hirieron y los derrotaron, persiguiéndolos hasta Horma (14.22–24, 39–45).

¿Cuál es la palabra que más le cuesta decir y respaldar con una acción? Para todos nosotros probablemente sea la palabra «no». Esta palabra es particularmente difícil de usar para un padre, o para una esposa o esposo. No nos gusta decirles no a nuestros hijos, esposos o esposas, cuando desean algo de nosotros.

El Antiguo Testamento describe las acciones de Dios con descripciones visuales. Una de las descrip-

ciones de Dios, especialmente en Su relación con Israel, es la de un esposo. En esta relación, hemos visto algo del gran amor y cuidado que Dios, como el esposo de Israel, ha mostrado a Su esposa. Para Dios, fue a veces difícil decir no cuando deseaban algo de Él. Sin embargo, cuando Dios en efecto les dijo no, era en serio.

Hemos visto el reporte desleal de diez de los doce espías que fueron enviados a examinar la tierra de Canaán. Hemos analizado la reacción y la derrota mental de Israel y la resolución de ellos acerca de que la tierra era inconquistable. Ahora, estudiaremos «el resto de la historia».

VEMOS QUE LA DISCIPLINA ES INMEDIATA (14.36–38)

Dios les dio muerte a los diez espías desleales de forma inmediata. Josué y Caleb, debido a su fe en Dios, fueron los únicos dos espías a los que se les permitió vivir. El castigo de Israel consistiría en que estarían confinados al desierto por cuarenta años. Entre la gente se dejaron filtrar rumores de que regresarían a Egipto. Después de una noche de sueño, otros cambiaron de parecer y comenzaron a tomar la tierra. Dios les había dicho no hacerlo, sin embargo, fueron de todas maneras. Los cananitas vinieron de los campos de alrededor y mataron a muchos de los israelitas que intentaron subir al monte. Cuando Dios dijo no, era en serio. Israel fue confinado a vagar por el desierto, y su condición no podía mejorar.

¿Qué podemos aprender de cuando Dios le dice no a Israel? De este principio pueden hacerse varias aplicaciones. En primer lugar, tendremos que saber hacer uso de la disciplina cuando esta venga.

Tendremos que llevar a cabo lo que determinamos y hacer aquello que decimos que haremos. En segundo lugar, tenemos que tener cuidado en cuanto a lo que determinemos que haremos. Tendremos que ser constantes y firmes en nuestro compromiso. Si hacemos algo una vez, tenemos que hacerlo la próxima vez que ocurra el problema. Cuando la disciplina es inconstante, el comportamiento es también inconstante. Esta aplicación al hogar puede ser hecha en la iglesia. Cuando el liderazgo es inconstante con la disciplina, el comportamiento de los miembros será también inconstante. La disciplina tiene que ser justa y firme a la vez; tiene que aplicarse de forma equitativa a cada uno de los ofensores. Al igual que en los hogares, las congregaciones tienen que ser administradas con una mano guiadora amorosa, pero firme a la vez. Esta tal vez sea la razón del por qué Dios escogió para el liderazgo a hombres que tenían la experiencia en manejar asuntos familiares (1ª Timoteo 3.1 sigs.; Tito 1.5 y sigs.). La iglesia es la casa de Dios, la familia de Dios (Efesios 2.19; 1ª Timoteo 3.15). Cuando Dios disciplina, lo hace por amor a nosotros (Hebreos 12.5–11). Dios disciplina únicamente a Sus hijos. La disciplina es administrada no por razón del pecado, sino para que el carácter pueda ser formado y nuestras vidas transformadas a semejanza de Dios. El resultado final es crear madurez y un vivir más justo en nosotros.

HEMOS VISTO EL CORAZÓN DE UN LÍDER

En tanto que el Antiguo Testamento muestra que la paciencia y el amor de Dios están trabajando con la humanidad pecadora, también muestra que Dios tiene límites en Su tolerancia del pecado y de la incredulidad. Israel había llegado a esos límites con Él. En la conversación que tuvo con Moisés, Dios repasó todas las ocasiones en que Israel había sido infiel previamente; ellos habían mostrado infidelidad en al menos diez veces anteriores. Con este último rechazo a Su promesa de darles la tierra, Israel andaba ahora por vista y no por fe. Dios estaba listo a desposeerlos a todos, excepto a Moisés, a los levitas, a Josué y a Caleb. Si bien Dios tiene límites, también es un Dios de razón. Moisés intercedió por Israel y convino con Dios como lo había hecho su antepasado Abraham generaciones atrás (Génesis 18). Moisés tenía el corazón de un pastor, al razonar con Dios para que Israel continuara existiendo. Requirió de un gran líder para que le suplicara a Dios permitirle a Israel entrar a la tierra, cuando al mismo Moisés se le negaría la entrada (Deuteronomio 1.37). Moisés no hizo intento de justificar la maldad del pueblo. Esto fue exactamente lo que

había hecho Abraham tiempo atrás. Había orado a Dios por los justos en Sodoma, no por los impíos (Génesis 18.23–32). Moisés oró por el remanente justo. Este presentó argumentos a favor de la reputación de Dios entre las naciones, porque de seguro estas escucharían de lo que habría sucedido en el desierto si Dios los destruía (Números 14.13–16). Presentó argumentos a favor de la reputación de Dios entre las naciones, porque de seguro estas escucharían de lo que habría sucedido en el desierto si Dios los destruía. Moisés razonó que Dios tenía que castigar a los culpables; esto es consecuente con Su naturaleza. Así que, los diez espías murieron inmediatamente. Tal vez, lo más importante era que Moisés volviera la atención a la naturaleza amorosa y bondadosa de Dios. Razonó que un acto adicional de misericordia de parte de Dios también sería consecuente con Su carácter (14.19).

De la actitud y ejemplo de Moisés como pastor que era, se recogen varios principios. En primer lugar, en cuanto a la posición de liderazgo, tenemos que reconocer que ser líder no es algo popular ni deseado. Los líderes, según la Biblia, tienen que tener un corazón de un verdadero pastor. Es necesario que siempre estén tratando de intensificar la relación entre Dios y Su rebaño. El pastor aprende que entre más se trabaje con gente, más difícil se vuelve la tarea. Me recuerda la declaración de Charlie Brown de la caricatura «Peanuts» (N. del T.: conocida como «Carlitos» en algunos países hispanos), que dice: «Adoro a la humanidad; solo es la gente a la que no soporto». A continuación, no debemos desistir nunca los unos de los otros. Jesús pensó que valíamos lo suficiente como para morir por nosotros (Juan 10.14, 15). Abraham Lincoln una vez dijo: «Ese hombre no me agrada; por lo tanto, necesito conocerlo mejor». En nuestra lucha contra el pecado, necesitamos aprender a apoyarnos unos a otros, y suplicarnos los unos a los otros a mantenernos fieles. Juan dice que necesitamos orar de forma especial para que podamos vencer el pecado (1ª Juan 5.16).

APRENDEMOS LA IMPORTANCIA DE ESTAR FIRMES CON DIOS

Los justos en Israel eran siempre parte de la minoría, a saber: Moisés y Aarón, Josué y Caleb, los levitas. Sin embargo, cuando Dios adoptaba una posición acerca de algo, al pueblo se le pedía estar del lado de ellos. Solamente unos pocos escogían hacerlo.

El anterior es un principio que tiene que ser parte de nuestras vidas. Dios y nosotros por sí solos no conformamos la mayoría en número. En vista de que Dios es el estándar de la justicia, el

número no cuenta, el ser justos es lo que cuenta. La verdad seguirá siendo verdad, sea que la crean y obedezcan o no. Lo que Dios había prometido a Israel seguía siendo cierto, fuera que hayan entrado o no a la tierra. La infidelidad de ellos no anulaba la promesa de Dios ni la veracidad de esta. Cuando como padres tomamos una decisión que no gusta a los demás, creemos encontrarnos solos. Sin embargo, si en primer lugar lo correcto era tomar tal decisión, seguirá siendo correcta, sea que la aprecien o no. Siempre que el liderazgo de una congregación toma una decisión que es correcta, es necesario que tengan el valor de respaldarla. Como lo dijo un hermano sabiamente, «¡Si es correcto un domingo, será correcto un jueves!». Tenemos que mantenernos del lado de Dios y de la veracidad de Su Palabra, sea que guste o no.

CONCLUSIÓN

Es necesario que se haga una aplicación a la salvación eterna cuando contemplamos la respuesta

negativa de Dios. Cuando de entrar en la relación correcta con el Padre se trata, Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Si «nadie» puede estar bien con el Padre fuera de Cristo, entonces, ¿cuántos serán salvos sin obedecer el evangelio? Ninguno. Trágicamente, hay quienes ven el juicio como un momento en el que tendrán oportunidad de cambiar el pensar de Dios acerca del estado espiritual de ellos. De esto no es lo que se trata el juicio según la Biblia. El plan de Dios ha sido llevado a cabo durante la vida. La sentencia tendrá lugar durante la muerte (Hebreos 9.27).

Del lado positivo, cuando Dios dice sí, también es en serio. Cumple Sus promesas y mantiene Sus acuerdos, especialmente en cuanto a la salvación. Dios es tan constante al decir sí cuando nuestras vidas están en armonía con Su voluntad, como lo es al decir no. ¿Cuál es la respuesta de Dios para su vida, un «sí» o un «no»? Usted puede determinar cuál sea la respuesta.

Moisés, el hombre de los montes

A Moisés se le ha llamado El Hombre de los Tres Montes. En su vida, el primer monte es el *Monte de la Revelación*. Dios llamó a Moisés al Monte de Sinaí, y en ese lugar, le dio las palabras de la ley, los Diez Mandamientos.

El segundo monte es el *Monte de la Intercesión*. En más de una ocasión, Moisés fue un poderoso intercesor. Moisés intercedió grandemente cuando bajó del monte, habiendo recibido los Diez Mandamientos, y vio que el pueblo había formado un carnero de oro y que lo adoraban. La ira de Moisés, manifestada en la forma como quebró las dos tablas de piedra, fue seguida de una profunda y conmovedora intercesión por el pueblo culpable e idólatra.

En Refidim, hubo otro Monte de Intercesión. El pueblo había cruzado el Mar Rojo y habían llegado hasta Refidim, donde fueron atacados por los amalecitas. Moisés mandó a Josué a dirigir la batalla contra aquellos en las llanuras, en tanto que él, Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado que daba hacia las llanuras. En este lugar, Moisés levantó su vara hacia el cielo. Esta vara constituía un símbolo de la presencia y el poder de Dios. En tanto que Moisés mantenía en alto su vara, con ese acto de fe y de oración, Israel prevalecía. Cuando Moisés se cansaba y la vara caía, los amalecitas prevalecían. Al ver esto, Aarón y Hur se colocaron a cada lado de Moisés y sostenían sus brazos durante todo ese decisivo día, hasta que se obtuvo la victoria.

El tercer monte lo constituye el *Monte de la Decepción*, o Monte de Pisga y Nebo. Ya se había llevado a cabo la gran labor. Moisés había conducido al pueblo fuera de Egipto y a lo largo de cuarenta de años vagando por el desierto. Ahora, los había traído a los límites de la Tierra Prometida. Ahí estaba la meta que lo había inspirado a él a lo largo de su faena. Sin embargo, Moisés no había de entrar a la Tierra Prometida. Cuando Dios le dijo que le hablara a la peña y sacara agua para el pueblo, Moisés, airado e impaciente por la murmuración y rebeldía de ellos, golpeó la peña dos veces y clamó: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?». Debido a su pecado, a Moisés se le dijo que no podía entrar a la Tierra Prometida. Dios le dijo que subiera a la cima de Pisga donde moriría.

Sin embargo, parece ser que Moisés podría ser llamado el Hombre de los Cuatro Montes. Mil trescientos años después, Moisés apareció de nuevo en un monte. Sin embargo, esta vez en la tierra de la promesa, sobre el Monte de la Transfiguración. Estuvo al lado del Hijo de Dios y de Elías. Una abrumadora decepción por no haber entrado a la Tierra Prometida terminó en un destino glorioso.

Adaptación de la obra de Clarence E. Macartney,
The Greatest Men of the Bible
(*Los hombres más grandes de la Biblia*)